

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

II

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (2)

CÓRDOBA ISLÁMICA

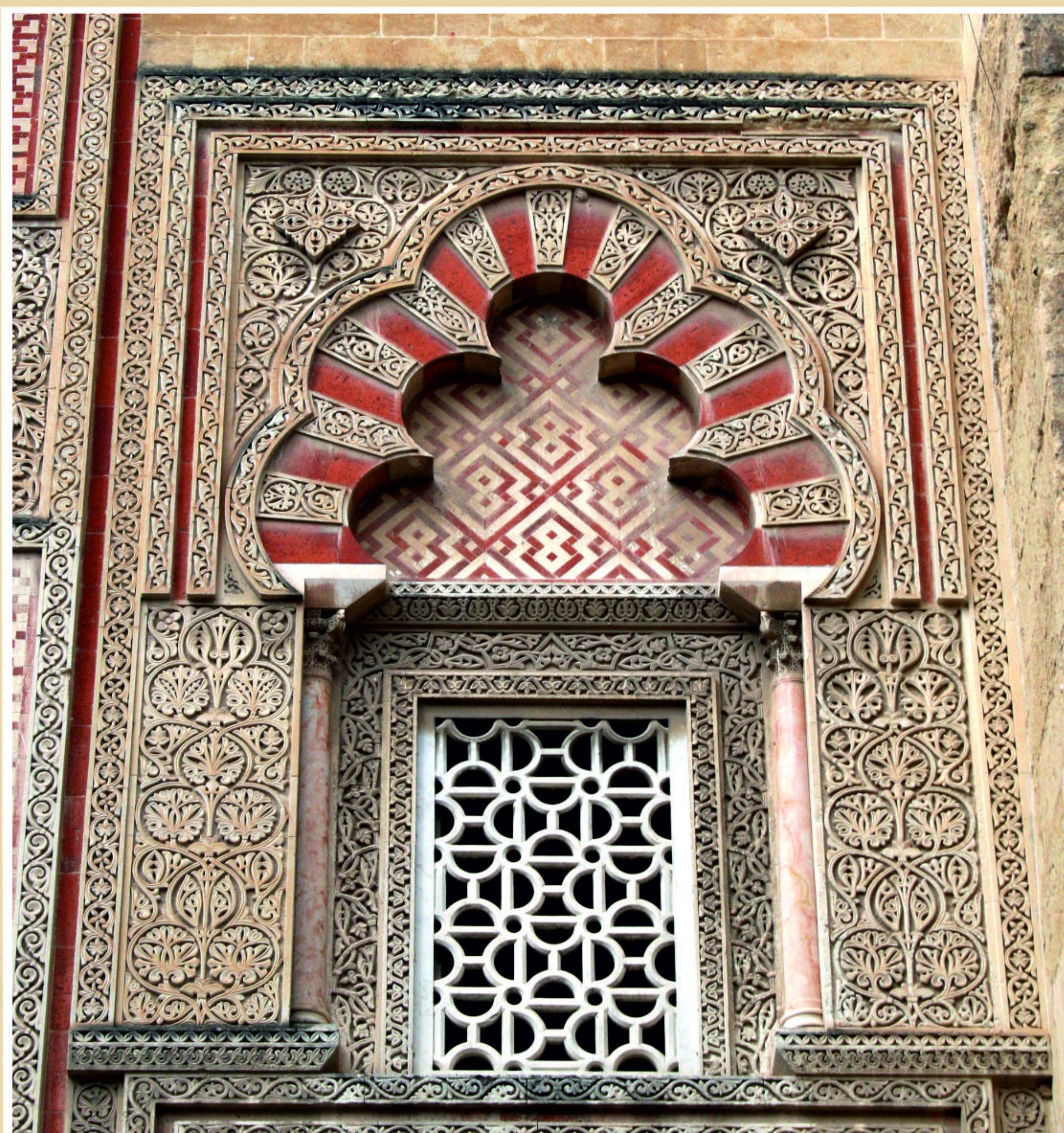
JUAN PEDRO
MONFERRER-SALA
COORDINADOR



2018

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (2)

CÓRDOBA ISLÁMICA



JUAN PEDRO MONFERRER-SALA
COORDINADOR

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2018

JUAN PEDRO MONFERRER-SALA
Coordinador

**LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS
CÓRDOBA ISLÁMICA**

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2018

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS

Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

CÓRDOBA ISLÁMICA

Coordinador: Juan Pedro Monferrer-Sala

(Colección *T. Ramírez de Arellano II*)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-949403-2-3

Dep. Legal: CO-1614-2018

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

Córdoba en la historia: formación, consolidación, apogeo y ocaso de su pasado islámico

José Luis del Pino
Universidad de Córdoba

Resumen

Estudio histórico de Córdoba, centrado en la etapa de dominio islámico (711 a 1236); se basa en fuentes árabes andalusíes y en una amplia y seleccionada bibliografía; articulado, básicamente, en torno a fases de formación, apogeo y declive, el trabajo contempla la evolución experimentada por la ciudad a lo largo de tan dilatado período cronológico.

Palabras clave

Córdoba, historia, islam.

Abstract

This historical study focuses on the Islamic period (711 to 1236). Based on Andalusí Arabic sources and on a wide selected bibliography, it deals mainly with the phases of state formation, rise and decline and goes over the evolution experienced in the city throughout this long time period.

Keywords

Córdoba, history, Islam.

Introducción

La conquista, de Hispania/Spain por los árabo-beréberes, calificada sin demasiado fundamento por Lévi Provençal como “milagro histórico”, se inscribe por la historiografía tradicional, en el contexto general de la llamada “segunda ola de conquista” y se debe, en gran

parte, a la descomposición interna del Estado visigodo;¹ tras la batalla de Guadalete, como quiere Sánchez-Albornoz y reafirma esa historiografía, los recién llegados consiguieron en pocos años, sobre todo, mediante la aplicación de pactos y capitulaciones con la población autóctona y sus jefes locales, hacerse con el dominio de buena parte del territorio hispano. El espacio así controlado sería denominado prontamente en fuentes hispanomusulmanas con el nombre de al-Andalus, concepto que cubre una realidad geográfica mudable, sobre cuyo significado se han elaborado también diversas hipótesis, que pasaría a convertirse en una provincia más del imperio árabe creado por los Omeyas de Damasco, pero lo realmente importante es que tras la “*pérdida de España*”, expresión acuñada por el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada, y la consiguiente y definitiva instalación de los árabo-beréberes en la Península se introduce en ella, como indica Chalmeta, novedades de primer orden: una religión diferente, el islam, el uso de otra era en el cómputo del tiempo, la hégira; una lengua oficial, en la administración, el árabe; unos grupos sociales étnicamente distintos y fuertemente endogámicos, basados en tribus y clanes, en los que primaba un riguroso agnatismo, como demuestra Guichard; y, finalmente, una nueva y floreciente cultura, la islámica.²

Todo esto parece evidente, si bien la historia de los primeros siglos de la dominación islámica en la Península Ibérica ha suscitado numerosos debates entre especialistas, debido, sobre todo, a la escasez, ambigüedad, inexactitud y relativa fiabilidad de las fuentes escritas que son, en la mayor parte de los casos, demasiado tardías. No es de extrañar, pues, que la discusión sobre lo que fue y como fue Al-Andalus sea interminable y que a veces, como señala Barceló, “se haya producido en sus términos más extremos e insensatos”, como cuando, en 1969, Olagüe publicó un libro titulado *Los árabes jamás invadieron España*, sin más pruebas que sus propias disquisiciones,³

¹ Luis A. García Moreno, *El fin del Reino visigodo*.

² Pedro Chalmeta, ‘España musulmana’, p. 457; Pierre Guichard, *Al-Andalus. Estructura antropológica*.

³ Miquel Barceló, *El Sol que salió por Occidente*, p. 8.

seguida de la más reciente polémica suscitada por el libro de Ferrín⁴ y la contestación de García Sanjuan sobre la realidad o no realidad de aquella conquista militar.⁵ Y resulta evidente porque, como recordara Manzano, al margen de los textos escritos, se conservan cientos de monedas de oro, plata y cobre acuñadas en ese momento, así como precintos de plomo, también con inscripciones árabes que autentificaban la correspondencia y envíos de los primeros gobernadores. Tumbas aparecidas en la plaza del Castillo en Pamplona o en el teatro romano de Nîmes, en el sur de Francia, permiten no sólo comprobar la extensión de la conquista, sino también identificar a los conquistadores o a sus inmediatos descendientes, pues contienen individuos inhumados siguiendo el rito islámico, fechados en pleno siglo VIII, y cuyos análisis de ADN certifican su procedencia norteafricana.

No obstante, todos los acontecimientos iniciales que rodearon aquella tildada por Sánchez-Albornoz de invasión, explicada dentro del vasto proceso de expansión que iniciaron los árabes mediado el siglo VII por el Norte de África, que vino a coincidir, además, como ya se dijo, con la decadencia del Estado visigodo, han planteado problemas de interpretación, tanto por las carencias ya apuntadas de la documentación, como por los presupuestos ideológicos en que se ha movido la historiografía española durante el siglo pasado, los cuales cristalizaron en las conocidas posturas adoptadas por Claudio Sánchez-Albornoz y Américo Castro. Hechos muy diversos han sido objeto de vivas polémicas: desde el carácter que revistieron los pactos con los hijos de Witiza hasta la ruta seguida por los musulmanes en su proceso de conquista, pasando por la ubicación exacta de la batalla de Guadalete, el destino posterior de Rodrigo o la interpretación tradicional de lo que se ha dado en llamar “onomástica de la conquista”, así como la participación en los sucesos del conde Julián, cuya raza y condición social son discutibles. Y todo ello sin olvidar el debate centrado en torno al número de invasores, su asentamiento y consiguiente reparto de botín o la leyenda de la supuesta violación que

⁴ Emilio González Ferrín, *Historia General de al-Andalus*.

⁵ Alejandro García Sanjuán, *La conquista islámica*.

sufriera la hija de aquel conde por parte de Rodrigo, la de la apertura de la Casa de los Cerrojos de Toledo por Rodrigo o la de la mesa del rey Salomón hallada en Toledo, por citar algunas de las más conocidas.⁶

Estas observaciones iniciales, permiten señalar la enorme dificultad a la que se ha de enfrentar el estudio de la conquista de los primeros siglos, los cuales, evidentemente, debían de corresponderse, en parte, con la etapa formativa del pasado islámico de nuestra ciudad, elegida, como bien saben, capital de la nueva provincia años después. Articular este estudio a esas fases de su pasado islámico es complejo, demasiado arduo; y, además, puede resultar engañoso, primero, porque la historia se desarrolla sin solución de continuidad; y segundo, porque, en tan dilatado período cronológico, se producen situaciones de todo tipo, dentro incluso, como no, de cada una de las fases mencionadas en el título, que, por motivos meramente pedagógicos y la necesidad de señalar los cambios que se producen en tan largo tiempo, hemos contemplado, recordando también a Ibn Khaldūn en su teoría sobre las generaciones, aplicada aquí, en cierto modo y con bastante laxitud, a la evolución por etapas de Córdoba, desde el 711 hasta 1236.

De manera que la historia de nuestra ciudad durante los 525 años en que formó parte del mundo islámico, si consideramos, pese a la controversia, el momento de la ocupación inicial del 711, contempla momentos de consolidación, esplendor y decadencia. Pero, establecer cortes no siempre puede resultar fácil, ni apropiado; y, además, en tales divisiones tampoco han de coincidir siempre, en una misma dirección, los aspectos políticos, sociales, económicos y culturales. Por lo demás, lo que vamos a referir aquí, centrándonos prácticamente en la urbe puede resultar demasiado simplista, porque la realidad de lo acontecido a lo largo de esos siglos es mucho más compleja y admite en el desarrollo de su propia amplitud cronológica matices e interrelaciones constantes con el mundo cristiano y el norteafricano,

⁶ Julia Hernández Juberías, *La Península imaginaria*, pp. 165-239.

cuyo tratamiento más pormenorizado merecería el concurso de diversos especialistas.

Pues bien, en el plano político y urbanístico, la historia de Córdoba muestra una cierta homogeneidad y armonía en sus fases. Desde el punto de vista político, el comienzo se pone en la llamada conquista del 711, aunque ésta se haya negado por falta de pruebas, o mejor, por proceder éstas no de fuentes primarias, sino de crónicas muy posteriores a ese hecho; desde entonces, y de manera gradual, se desarrolla la fase inicial del proceso histórico que conoce Córdoba bajo el dominio islámico, es decir un primer período de formación, de transición, pacífico al parecer desde el 711 hasta la década del 740, al menos no hay pruebas de lo contrario, caracterizado a partir de entonces por el enfrentamiento evidente, a muy variada escala y significado, entre las diversas formaciones sociales y étnicas, existentes en el territorio, a saber, la islámica, que acabará triunfante, los grupos tribales en que se encuadra buena parte de la población conquistadora, tanto árabes como beréberes, y la población indígena heredera del mundo visigodo.

Hasta el final de esta etapa, que culmina a mediados del siglo X, el proceso hasta entonces desarrollado, ya más bajo el signo de la consolidación, conoce problemas y crisis muy varias con la dinastía de los Omeyas, cuyos esfuerzos se orientan hacia la consecución de un objetivo último: la plena instauración de un Estado centralista, tratando de quebrar, sobre todo, la *'aṣabiyyah* o cohesión social, tal como la definiera Ibn Khaldūn,⁷ fuertemente arraigada en el medio tribal, aunque a veces los emires se sirvieron de ella para mantenerse, frente a sus adversarios, en el poder, eso sí contando con el apoyo de la familia y clientela, parte de la cual residía en la capital y de un ejército cada vez más profesional y mercenario.

La fase de mayor esplendor y apogeo cubre en buena medida los años del Califato, que se cierra, como es conocido, con otra crisis de resultados muy negativos para la propia ciudad, cuyo ocaso, perdido ya el rango efectivo de capitalidad, ante la irrupción de los reinos de

⁷ Ibn Khaldūn, *Introducción a la Historia*, pp. 71-72.

taifas, se va a prolongar, con paréntesis -pocos- de cierta recuperación, por espacio de siglos hasta la conquista cristiana del siglo XIII.

La etapa formativa: Conquista y capitalidad

Si nos referimos al período formativo, la ocupación árabo-beréber supuso a medio plazo una recuperación en su urbanismo, que, en 711, se encontraba muy deteriorado. De hecho, el propio episodio de la conquista de Córdoba refleja la situación decadente de la ciudad, pues sus murallas se encontraban en precario estado y el propio puente mayor, abandonado y cortado.

El relato de la conquista de la ciudad por Muḡīth al-Rūmī en julio de aquel año no deja claro, sin embargo, si Córdoba se ganó por asalto o mediante capitulación.⁸ La diversidad de pareceres viene determinada por la ambigüedad de la noticia, de la cual se desprende que el Alcázar visigodo se conquistó haciendo uso de la fuerza y que el contingente militar que lo defendía se rindió tras haber sido sitiado durante tres meses en la iglesia de san Acisclo, seguramente después de que su jefe hubiese sido hecho prisionero en su huida a Toledo. Sorprende que mediara capitulación cuando Muḡit mandó que todos los cristianos refugiados en aquel templo, en número de 400 ó 500, fuesen decapitados, aunque en otra crónica se confirma la idea del pacto.

El episodio de la conquista de la ciudad⁹ nos ha llegado a través de una fuente tardía y anónima, el *Akbbār Majmū'ah*, una colección de tradiciones redactada en el siglo XI que presenta ese hecho con aires un tanto novelescos, porque se introduce en la narración algunos elementos de dudosa credibilidad. Como la figura del pastor que informa al musulmán del estado de la muralla, la existencia en ella de una brecha situada encima de una de sus puertas principales, la escasa

⁸ P. Chalmeta, *El señor del zoco*, p. 12.

⁹ Cf. Antonio Arjona, *El Reino de Córdoba*, pp. 13-14.

vigilancia prestada por los centinelas cristianos a ese lugar, el aguacero acompañado de granizo que facilitó en la oscuridad de la noche el asalto o la utilización del turbante de Mugīth para que algunos de sus guerreros treparan a lo alto del muro; detalles, en suma, obviados o modificados en otras crónicas; así, y a pesar de ofrecer indudables analogías con la fuente anterior, el *Fath al-Andalus*, una compilación anónima escrita antes de 1106, indica, por el contrario, la existencia no de una brecha, sino de un portillo en la muralla sur de la ciudad.

Tomada la ciudad, los musulmanes se valieron de los judíos para controlarla, sin que se dispongan noticias más detalladas al respecto. En aquella fuente tan solo se nos dice que cuando Mugīth, en 711, terminó con la resistencia cristiana en Córdoba y sometió definitivamente la ciudad “reunió en Córdoba a los judíos a quienes encomendó la guarda de la ciudad”; del mismo modo, se ignora el impacto que debió de causar en la población el hecho de la ocupación, que suponía la llegada a Córdoba de gentes de otras etnias y credo; una anécdota sobre el episodio del cerco a los cristianos que tras abandonar el Alcázar se refugiaron e hicieron fuertes en la iglesia de san Acisclo, junto a la que corría una acequia, y lograron capturar a un negro, puede, tal vez, ilustrar la situación de absoluto desconocimiento:

“Al hacerlo prisionero se asombraron y emitieron diferentes opiniones sobre su color. Uno de ellos dijo: “en verdad es así de nacimiento”. Los más jóvenes entre los cristianos lo rodearon y se lo llevaron hacia la acequia para darle friegas con espartos, no dejando de frotarlo hasta comprobar la pureza de su color y lo auténtico de su aspecto corporal. Una vez cerciorados, de que, en efecto, era aquel su color verdadero, lo encadenaron”.¹⁰

Pero, sin ningún género de dudas, el hecho de mayor importancia, determinante para el devenir, en todos los aspectos, de la ciudad, estuvo en que después de Sevilla pasara a convertirse en la capital de la nueva provincia, en los meses de agosto-septiembre del año 717,

¹⁰ A. Arjona, *El Reino de Córdoba*, pp. 14.

aunque, según Barceló, fue ya sede del gobierno en el tiempo en que Mūsà estuvo en la Península, es decir, entre el 712 y 714;¹¹ la razón del cambio se encuentra, según Lévi Provençal, en la posición demasiado excéntrica de la ciudad hispalense con relación al resto del país y también, en opinión de Nieto Cumplido, en el hecho de tener Córdoba un puente, que, aunque deteriorado y roto entonces, podía una vez restaurado, facilitar la comunicación. Asimismo, debieron de influir otros factores, entre ellos, que fuese una ciudad antigua, constituyese un importante nudo de comunicaciones, mantuviese una adecuada situación en el conjunto de las tierras recién conquistadas, tuviera un clima agradable y en su jurisdicción contara con tierras sumamente productivas.¹² Además, por aquellos años, Córdoba ofrecía al nuevo gobernador de al-Andalus más seguridad que Sevilla, la primera capital, porque en esta última vivían numerosos partidarios del último dirigente, recientemente asesinado por orden del califa de Damasco.

No son muchas las noticias referidas a esta primera fase, en la que ya se manifiesta la división entre los árabes y beréberes en 741/42, uno de cuyos enfrentamientos se dirimiría en Aqua Portora, lugar localizado entre el castillo El Vacar y la actual Villaharta; o la lucha entablada más tarde, en 747, entre qaysíes y kalbíes en Secunda, hoy Campo de la Verdad, donde se combatió con tal denuedo que, según el *Akbbār Majmū'ah*, “no se había visto en el Islam cosa igual”, sin olvidar también el conflicto dirimido en al-Mušārà, lugar situado en la orilla derecha del Guadalquivir, a las puertas de Córdoba, en 756, cuyo triunfo frente al gobernador Yūsuf al-Fihri permitió a ‘Abd al-Raḥmān I, príncipe omeya, nieto del califa Hisam, proclamar su poder como emir e instaurar su dinastía en el gobierno de al-Andalus, la cual se mantuvo en Córdoba durante 257 años, desde el 756 a 1013, aunque no de manera continuada durante los años que precedieron a la desaparición del Califato en 1031, colocándose así en la cabecera de las permanencias dinásticas en la Península Ibérica.¹³

¹¹ M. Barceló, *El Sol que salió por Occidente*, pp. 34-35.

¹² Emilio Cabrera Muñoz, ‘Ornato del mundo’, pp. 113-114.

¹³ María Jesús Viguera, ‘La consolidación’, p. 36.

El proceso de consolidación (756-929): Desarrollo urbanístico y conflictos

Con la entronización, en 756, de ‘Abd al-Raḥmān I como emir se inaugura una nueva etapa en la historia política del país y en la particular de nuestra ciudad. La decisión de mantener la capitalidad en ella conlleva la adopción de un programa arquitectónico y urbanístico gradual, que se materializa, según fuentes escritas y evidencias arqueológicas, tanto dentro como fuera del espacio amurallado.¹⁴ Así, entre aquella fecha y la de 929, en que se crea el Califato de Córdoba, se advierte:

- La reparación sucesiva de la muralla y el reforzamiento de sus defensas.
- La reforma coyuntural del puente.
- La refacción de la cerca del Alcázar y la creación de nuevas dependencias en su interior y aledaños, cuyo alcance nos es arqueológicamente desconocido.
- La fundación, entre 786 y 788, y posterior ampliación, entre 832 y 848 de la Mezquita aljama, en el lugar que ocupara el complejo basilical de San Vicente, por parte del primer y cuarto de los emires omeyas, respectivamente, más los sucesivos añadidos, reformas o restauraciones de desigual naturaleza y funcionalidad que a lo largo de esa etapa del Emirato Independiente conoce la aljama: alminar, patio, sala de abluciones, galerías porticadas, puertas, macsura, sala del tesoro de las fundaciones pías y *sābāt*, principalmente; así como la creación de otros oratorios dentro y fuera de la Medina.
- La construcción de edificios estatales, como la Casa de Postas o Casa de Correos mandada edificar por el primer emir omeya al Oeste del Alcázar; la Ceca o fábrica de moneda, cuya ubicación hoy se desconoce, o la *Dār al-Tirāz* (talleres reales para la confección de tejidos de seda, lana y lino), situada posiblemente al noroeste de la ciudad, próxima a Cercadilla, que serviría de núcleo para la erección y desarrollo del barrio de los bordadores, ambas construidas bajo el gobierno de ‘Abd al-Raḥmān II.

¹⁴ A. Arjona, *Córdoba en la historia de al-Andalus*.

- La creación y/o expansión de arrabales en las áreas periurbanas de la ciudad. En época del Emirato independiente, Córdoba conoce fases de retracción y desarrollo urbano.
- La fundación o ampliación de cementerios. Durante este período se crean varias necrópolis: en 762-763 la de Amir, en la parte occidental, en las inmediaciones de la actual Puerta de Gallegos; durante el reinado de al-Ḥakam I, las de Muta'a y Tālūt; y, con Muḥammad I, el cementerio Umm Salamah, fundado por su esposa al N. de Córdoba, en las proximidades de la Puerta de Osario.
- La edificación de palacios de recreo, almunias.
- La construcción o el mantenimiento de caminos y de otras infraestructuras viarias, como el arrecife que discurría paralelo a la orilla derecha del Guadalquivir, que ordenó construir 'Abd al-Raḥmān II.¹⁵

Nada extraño tiene que el florecimiento de la ciudad fuese incluso reconocido por personas poco sospechosas de simpatizar con la nueva religión, como es el caso del clérigo Eulogio de Córdoba, para quien 'Abd al-Raḥmān II la había “exaltado hasta la cumbre misma de la gloria, sublimado con honores y extendido por doquier, enriquecido sobremanera y convertido en un paraíso terrenal más de cuanto se puede creer y aún decir”.

Con ser evidente el progresivo crecimiento de la ciudad, no lo es menos las continuas revueltas producidas por enemistades tribales, conflictos étnicos, querellas dinásticas e intrigas cortesanas, problemas de carácter religioso y descontento social a las que los emires cordobeses, hubieron de enfrentarse, con resultado desigual, a lo largo de ese proceso de centralización y consolidación del Estado, que culminará con el Califato.

Algunos de esos conflictos afectaron a la capital. Por el compilador marroquí Ibn Idhārī, que vivió a fines del siglo XIII, conocemos, por ejemplo, la conjura que tuvo que sofocar al-Ḥakam I en 805 y 806. Pero quizás no haya en toda la historia de Córdoba un episodio que mejor ejemplifique las tensiones sociales de la época del Emirato independiente que la llamada “revuelta del arrabal” del año 818, que

¹⁵ Basilio Pavón Maldonado, *Tratado de Arquitectura Hispanomusulmana*, p. 98.

se propagó a otros arrabales, y finalizó, como es sabido, con matanzas, el arrasamiento de ese lugar y la expulsión de buena parte de los sublevados.

Sin embargo, las relaciones existentes entre musulmanes y cristianos de Córdoba, se alteraron como consecuencia de la irrupción del llamado “martirio voluntario”, producido por cristianos que, voluntariamente, blasfemaban en público contra el islam o Mahoma, a sabiendas que así provocaban su muerte; este fenómeno, tan unilateralmente conocido -las fuentes hispanomusulmanas lo ignoran- acabaría prácticamente, excepción de algún episodio aislado con posteridad, en 859, durante el reinado de Muḥammad I, tras la decapitación del propio Eulogio, entonces obispo de Córdoba. Fue, sin duda, un movimiento sobrevalorado por la historiografía tradicional, pues al parecer no afectó a mucha gente, ni tuvo grandes repercusiones en el país.

Pese al proceso de arabización e islamización progresivas, no parece, más bien lo contrario, que hubiera llegado el momento de una mayor integración social entre ambas comunidades. De hecho, es muy probable que, en los años finales del Emirato, como escribe Sánchez Martínez, existiesen todavía en Al-Andalus dos sociedades claramente yuxtapuestas, la árabo-bereber y la indígena, cada una manteniendo sus estructuras sociales sin que al parecer fuese profundamente alterada la segunda de ellas por la islamización de una parte de sus miembros.¹⁶ Desde esta perspectiva puede entenderse mejor las tensiones políticas del último cuarto del siglo IX que dieron lugar a un estado de anarquía, que afectó a la integridad territorial del país, dando lugar a la instauración de más de treinta poderes locales que escapaban a la autoridad central de Córdoba.

El origen de la crisis, cuyas causas no son fáciles de determinar, estaría, en parte, en el aumento de las conversiones al islam por parte de la población cristiana, sobre todo, es decir, en el aumento de la población musulmana nativa del país, los muladíes: se calcula que para fines del siglo IX era musulmana casi la mitad de la población de al-

¹⁶ Manuel Sánchez Martínez, *Historia de Andalucía*.

Andalus, aproximadamente. Esto tuvo una consecuencia fundamental, el deseo de este grupo de intervenir de forma plena en la política, con lo que hubieron de oponerse a los cuadros de personajes de abolengo árabe y a las familias de clientes de los omeyas. Aparte de esto, las repetidas sequías y hambres que obligaron a no cobrar los impuestos de los años respectivos, con la consiguiente merma del tesoro público por la falta de ingresos, dio lugar a una situación económica poco boyante que explica la escasez de hallazgos de monedas correspondiente a este período, cuya acuñación se llegó a paralizar durante unas tres décadas; la crisis, alentada también por la debilidad de los últimos emires, los conflictos étnicos, la pugna entre familias por la hegemonía del poder local y por el malestar socio-económico de muchos conversos que no disfrutaban de todas las exenciones fiscales de que gozaban los árabes, dio lugar a revueltas que comenzaron en las Marcas y desde 870 se extendieron también por el Sur de al-Andalus.¹⁷

Aquí, la rebelión la encabeza ‘Umar ibn Ḥaḥṣūn, nieto de un cristiano islamizado, que se sublevó en la Serranía de Ronda y atacó y controló Priego, Carcabuey y otros puntos estratégicos de la Subbética, llegando a infundir un gran temor a los campesinos de la Campiña desde el castillo de Aguilar, hasta el punto de que los habitantes de la ciudad, no pudiéndolo soportar más, hicieron una protesta pública. Según Ibn Ḥayyān, Córdoba pasaba entonces por un momento sombrío y de convulsión interna. Las palabras que Ibn Idhārī pone en boca de ‘Umar encontraban siempre buena acogida y así consiguió la adhesión de los habitantes de los castillos. Son tan elocuentes que contribuyen a comprender las causas de la secesión:

“Desde hace tiempo habéis tenido que soportar el yugo de este gobierno que os toma vuestros bienes e impone cargas superiores a vuestras fuerzas. Mientras los árabes os humillan y tratan como esclavos. Pero yo quiero que se haga justicia para sacaros de vuestra esclavitud”.¹⁸

¹⁷ Manuel Ación Almansa, *Entre el feudalismo y el islam*.

¹⁸ A. Arjona, *El Reino de Córdoba*, pp. 58-59.

‘Umar emprendería también operaciones de asedio y bloqueo sobre algunos castillos de la cora de Cabra y sobre la ciudad de Lucena, pero sería derrotado; primero, en las proximidades de la Cuesta de los Visos; y después, cerca de la fortaleza de Aguilar por el emir ‘Abd Allāh, en 891, donde tuvo que refugiarse para salvar la vida. El castillo fue tomado por las tropas omeyas. Omar logró huir en una mula, pero no muchos de sus partidarios, que fueron hechos prisioneros. Los había musulmanes y cristianos -estos últimos, unos mil, serían ejecutados por no renegar de su fe-, lo que prueba una vez más el amplio respaldo obtenido por Ḥafṣūn entre los muladíes y cristianos de la comarca. Aquel emir, consiguió conjurar el peligro que se cernía sobre Córdoba, sometiendo a los sublevados de Carcabuey, cuyo castillo mandó arrasar hasta los cimientos, y devastando la zona comprendida entre Priego y Alcalá, donde destruyó algunas fortalezas.¹⁹

Al subir al poder en 912, Abdarraḥmān III continuó incansablemente la tarea de pacificar Al-Andalus, a lo que dedicó los veintiocho primeros años de su reinado. Utilizando la fuerza y la diplomacia lograría acabar con la insumisión de numerosos poderes locales, también con los hafsaníes, cuyo líder, Omar, que había muerto y sido sepultado en Bobastro el año 918 a la manera cristiana, sería exhumado diez años después por orden de aquel soberano y llevado a Córdoba para ser colgado entre dos postes en los que estaban crucificados los cuerpos de dos de sus hijos. Allí permanecieron hasta 943, en que una crecida del río se los llevó por delante.²⁰ Un año después de la toma de Bobastro, en 929, Abdarraḥmān III, tras los éxitos conseguidos, decidió autoproclamarse califa, el máximo título de soberanía en el mundo islámico, que venía desde hacía siglos siendo ostentado por los abasíes de Bagdad y desde hacía poco tiempo también por los fatimíes de Egipto, adoptando además el sobrenombre de “el que vence para la religión de Dios” (*al-Nāṣir li-dīn Allāh*).

¹⁹ A. Arjona, *El Reino de Córdoba*, pp. 68-74.

²⁰ A. Arjona, *El Reino de Córdoba*, p. 89.

*El Califato, esplendor y crecimiento urbanístico y demográfico de la ciudad
(929-1031)*

El Califato de Córdoba, constituye, sin ningún género de dudas, el período más relevante de la historia de al-Andalus. Esta afirmación, tantas veces repetidas, no es, en modo alguno, gratuita, porque el Estado islámico logra paulatinamente consolidarse, tras un largo, continuo, complejo e intrincado proceso, hasta alcanzar en el siglo X su máximo esplendor y desarrollo. En los aspectos políticos, esto es evidente: control absoluto y ejercicio incontestable del poder civil y religioso en el interior del país; prestigio, dominio político-militar casi permanente sobre los reinos cristianos del Norte peninsular, con los que mantiene frontera en el río Duero; proyección diplomática exterior, como muestran la recepción de numerosas embajadas -recuérdese, entre ellas, la de Otón I con su emisario Juan de Gorzesin olvidar la comunicación con el basileus bizantino Constantino VII, ni la influencia ejercida sobre el Magreb frente a los fatimíes.

Se conocen las acciones políticas y constructivas del fundador del Califato, ‘Abd al-Raḥmān III, recordado, tanto por la pacificación del país, como por la fundación de Madīnat al-Zahrā’, cuya historia y la arqueología de su arquitectura hasta el momento se contienen en los estudios que se han venido publicando, sobre todo, salvado el paréntesis de la guerra civil, desde 1911 hasta la actualidad,²¹ también conocemos, las del segundo califa cordobés, al-Ḥakam II, un significado bibliófilo, que mantuvo la estabilidad del régimen creado por su padre y se señaló para la historia por la ampliación de la Mezquita aljama, el enriquecimiento de la biblioteca real y la restauración del antiguo puente sobre el Guadalquivir en 971, pero no las de su hijo, el califa Hishām II, porque cuando accedió al poder era menor de edad y luego, tras un breve período de regencia, el *ḥajīb* Ibn Abī ‘Āmir, Almanzor, detentó el poder absoluto desde 978 hasta 1002, el año de su muerte, cuyo mérito fue, a juicio de los cronistas y apologistas musulmanes, especialmente militar por las 56 campañas y

²¹ Antonio Vallejo Triano, *La ciudad califal de Madīnat al-Zabra*.

aceifas victoriosas que libró contra los cristianos, que aportaron botín y elevadas cifras de cautivos al zoco cordobés;²² a él se debió también, como es conocido, la fundación, al Este de Córdoba, de la ciudad de Madīnat al-Zāhirah; y la última y más extensa ampliación de la Mezquita aljama.

Sabemos por los textos que, efectivamente, Ibn Abī ‘Āmir decidió en 979 que los asuntos del Estado se resolviesen en otro lugar distinto al palacio califal. Se trasladarían a dependencias de Madīnat al-Zāhirah, “la ciudad brillante”, que, a orillas del Guadalquivir, y a las afueras de Córdoba, sobre un privilegiado lugar, había ordenado construir. Durante dos años, con febril actividad constructora, se habían ido levantando diferentes edificios. Primero un sólido recinto fortaleza; luego, tras la protección de sus murallas, un suntuoso palacio para residencia del *hājib*, lujosas viviendas para sus hijos y altos dignatarios, mezquita, jardines, juegos de agua, dependencias para las oficinas del Estado, cuarteles y caballerizas para las tropas y guardia personal, almacenes para el grano e instrumentos de guerra, etc. La construcción de la nueva ciudad se terminó en lo más elemental en el plazo de dos años y en 981, Ibn Abī ‘Āmir se instaló en ella, aunque no cesó de embellecerla estando completada en 997, según al-Maqqarī.

La construcción de Madīnat al-Zāhirah potenció, sin duda, el desarrollo urbanístico del sector oriental de Córdoba. En torno a la ciudad palatina se formaría un extenso arrabal, como ocurrió anteriormente en la propia Madīnat al-Zahrā’. La importancia del hecho fundacional es evidente, porque revela con nitidez la fuerza y el poder político alcanzado entonces por Ibn Abī ‘Āmir al atribuirse prerrogativas generalmente reservadas en el mundo islámico a los soberanos. La nueva ciudad desplazó como sede del Estado a la propia Madīnat al-Zahrā’, creada apenas medio siglo antes por el todopoderoso ‘Abd al-Raḥmān III. Cuando Ibn Abī ‘Āmir tomó posesión de su nueva residencia, asumió por completo la dirección del Estado, dando lugar a lo que los cronistas denominan *wahshah*, ruptura de relaciones

²² Francisco Vidal Castro, ‘Los cautivos cristianos’, p. 440; Ibn Idhārī, *La caída del califato*, p. 20.

normales entre Hishām II y su primer ministro. El califa queda aislado en su palacio de Córdoba, inaccesible a no ser con una autorización expresa de Ibn Abī ‘Āmir, mientras que éste, convertido en señor absoluto, centraliza ingresos, distribuye presupuestos, organiza aceifas... sin contar ni siquiera con la aprobación “formal” del soberano.

Y gracias a ese poder tan evidente, también ordenó la ampliación más grande de cuantas se habían realizado en la mezquita aljama cordobesa, que pretendidamente hizo con los escombros de las iglesias destruidas, transportados a hombros hasta Córdoba por prisioneros cristianos²³ e incluía también la reforma y ampliación del patio, donde se construyó un monumental aljibe y la edificación al exterior de tres nuevas salas de abluciones, una de ellas, la del Este del oratorio. Ibn Idhārī en su *Bayān al Mughrib*, lo expresa así:

“Cuando la población de Córdoba se acrecentó como consecuencia de la inmigración de beréberes procedentes del litoral africano y de Ifriqiá, la ciudad se hizo enorme, los arrabales y otros alrededores se hicieron insuficientes y la mezquita aljama era insuficiente para albergar a la gente”.²⁴

A la ampliación de la Mezquita aljama, sin duda cargada de un fuerte contenido político y simbólico, en el contexto de guerra santa que se vive, como también lo estuvo el expolio y quema de libros de la biblioteca de califal, vino a sumarse la realizada contra la ciudad de Santiago de Compostela en 997, de donde se trajo las campanas de su iglesia, para luego utilizarlas en aquel oratorio como lámparas.

Hacia el año 994, Almanzor había otorgado a su hijo ‘Abd al-Malik sus títulos dando paso a la constitución de una dinastía, la suya, la de los amiríes, que acabará de manera trágica en 1009 con la muerte de ‘Abd al-Rahmān Sanchuelo, el cual, contrariando la voluntad de su padre, expresada en lo que se ha considerado como su testamento político, consiguió de Hishām II que le nombrara, a falta de hijos, su

²³ Laura Bariani, *Almanzor*, p. 128.

²⁴ Arjona Castro, Antonio, *El Reino de Córdoba*, p. 194.

heredero, adoptando el sobre nombre de al-Ma'mūn; Pero a poco que salió de Córdoba con el grueso del ejército para realizar una campaña militar contra los cristianos, un omeya, Muḥammad ibn 'Abd al-Jabbār se alzó en la ciudad. Finalmente, Hishām II fue obligado a abdicar y Muḥammad se convirtió en califa con el nombre de al-Mahdī bi-l-Lāh y Sanchuelo sería capturado y ejecutado. Más tarde, según Ibn Idhārī, un hombre de letras escribió la entrada del amirí en la capital diciendo:

“estaba yo junto a la Puerta de Hierro cuando llegaron con Sanchuelo, atravesado sobre un mulo, desnudo el cadáver, [...], puesto boca abajo, mostrando sus partes pudendas. Vi, por Dios, a campesinos que le escupían en el trasero; mientras la plebe se reía, sin que nadie desaprobase lo que se hacía con él”.²⁵

El califa ordenó que el cadáver fuese destripado y rellenado de plantas aromáticas para conservarlo mejor y, una vez vestido, que lo clavarán en una cruz en la Puerta de la Corte de la ciudad. Durante la última campaña militar, Sanchuelo había ordenado a su jefe de guardia que pregonase entre las tropas: “Este es el Príncipe de los Creyentes, al-Ma'mūn”, para ver su reacción. Ahora el nuevo califa ordenó que aquel mismo jefe de la guardia se quedara junto al cadáver de su antiguo señor pregonando: “Este es Sanchuelo, el sodomita, que él y yo seamos malditos”. En dramáticas palabras de un historiador tardío, “de esta triste manera la dinastía de los amiríes desapareció como si nunca hubiese existido”.²⁶

Desapareció la dinastía, pero no aún el apogeo y esplendor de Córdoba, como dan fe de ello la monja alemana Roswitha de Gandersheim e Ibn Ḥawqal,²⁷ sin embargo esta imagen de gran metrópolis no se corresponde con la de los primeros años del siglo VIII; es más bien el resultado de un complejo, y no siempre bien conocido, proceso de transformación y desarrollo urbanístico que se

²⁵ Ibn Idhārī, *La caída del califato*, pp. 73-74.

²⁶ L. Bariani, *Almanzor*, p. 249.

²⁷ Ibn Ḥawkal, *Configuración del mundo*, p. 63.

vio continuamente favorecido por los gobernadores y emires primero y por los califas después. Y sin duda, uno de quienes más la encumbró fue ‘Abd al-Rahmān III, que dedicó un tercio de las arcas del tesoro a su embellecimiento. Y todo ello sin olvidar que Córdoba fue también, como escribiera Julián Ribera, “la ciudad de los libros”; recuérdese, en este sentido, la biblioteca de fundación real, que enriquecida por al-Hakam II, contenía libros escritos en las lenguas cultas de la época: árabe, persa, latín y griego y que trataban de todas las ramas del saber.

Con todo, ello constituye la expresión de una realidad que, lejos de ser monótona o superficialmente deslumbrante, posee la fascinación de la complejidad, en un momento, el siglo X, en que la ciudad alcanza una gran expansión pudiéndose hablar ahora de un programa urbanístico que, en parte planificado e impulsado por el propio Estado andalusí, transforma la fisonomía de Córdoba, siendo el mejor exponente interno de su riqueza las ampliaciones sucesivas llevadas a cabo en la Mezquita Aljama, cuya superficie final alcanza los 23.100 metros cuadrados.

Esta imagen iría progresivamente cambiando a partir de 1009, año que, con la muerte de Sanchuelo, abre un período de crisis institucional importante que da lugar a continuas luchas entre candidatos y sus partidarios por alcanzar el poder y a la constitución de los llamados reinos de taifas, independientes ya de la autoridad central. En todo este proceso histórico ocurrido en el siglo XI, al-Andalus conoce su fragmentación político territorial, el enfrentamiento entre diferentes taifas, la pérdida de territorios ante el avance militar de los cristianos y, finalmente, a partir de la década de los años noventa, una nueva reorganización política causada por el centralismo de un imperio exterior, el almorávide.

Como señaló Ramón Menéndez Pidal, el siglo XI fue “*la centuria del gran viraje*” en la España medieval, viraje del cual al-Andalus no se recuperaría políticamente del todo a lo largo de los cuatro siglos que aún le quedaban de existencia, hasta la caída del reino nazarí de Granada a finales del siglo XV. Por tanto, puede decirse que desde 1009 en adelante el país, y su capital, entrarían en una fase de declive y ocaso.

El ocaso de Córdoba: Crisis y taifas

Ambos términos equiparables deben ser utilizados siempre con una cierta prudencia, aunque para Córdoba, podemos ciertamente usarlos ante todo en razón de la historia política, niveles demográficos y urbanísticos, que no culturales, porque la ciudad continuó siendo un foco cultural de primer orden. En lo político, sin embargo, se careció de estabilidad. Al frente del Califato llegaron a sucederse, entre 1009 y 1031, nueve califas, algunos estuvieron en el poder tres años consecutivos, otros tan solo unos meses o incluso días; hubo cuatro que repitieron en el cargo. Y lo más curioso es que a uno de ellos, nos referimos a Hishām II, supuestamente se le enterró varias veces. Y lo que es más importante, el descrédito en que caen de los Omeyas del período, sin que puedan evitar que, en su lugar, por un período de tiempo, accedan al poder por vez primera una familia beréber, la de los ḥammūdīs, que adquirieron una gran importancia.

Y todo ello, como decimos, en un contexto de crisis, convulsiones y revueltas que afectaron, en los momentos de mayor confrontación bélica y de manera grave, a la ciudad de Córdoba, cuyos habitantes, enfrentados cada vez más a los beréberes, conocieron, en las primeras contiendas de los años 1009 y 1010, la intervención militar de los condes de Castilla, Barcelona y de Urgell, respectivamente, cuya participación, como fuerzas mercenarias en apoyo de los pretendientes al Califato, se logró con el primero, Sancho García, en 1009, mediante la promesa y entrega después de ciertas plazas en la frontera del Duero y de “muy grandes aueres”; y la concertación con los condes de la Marca hispánica, Ramón Borrell III de Barcelona y Ermengol de Urgel, en 1010, por estipulaciones muy severas y humillantes, que implicaban el pago de mucho dinero y el mantenimiento diario de los combatientes cristianos. En este caso, una indemnización diaria de cien piezas de oro, más dos dinares a cada soldado, a lo que debían añadirse los víveres, el vino y todo el botín que pudieran tomar a los beréberes, lo que incluía armas, ganado, dinero y la libre disposición sobre las vidas, mujeres y haciendas de éstos. Se calcula que de los 40.000 hombres que acompañaron al jefe

de la Marca Media, Wāḍiḥ, aliado a la sazón de Muḥammad al-Madhī, que atacó y entró triunfante en Córdoba ese año, una cuarta parte eran catalanes.²⁸

Lo grave para la configuración urbana de Córdoba y poblaciones próximas es que el nuevo califa, Muḥammad ibn Hishām, permitió a la población cordobesa, en 1009, el saqueo de Madīnat al-Zāhirah²⁹ y que dicha población comenzara a partir de entonces a tener cierto protagonismo en el desenlace de los acontecimientos, apoyando o enfrentándose a los propios soberanos, pagando a veces muy cara su directa participación en los conflictos, al carecer de la adecuada preparación militar, como se evidenció en la batalla librada aquel mismo año frente a los bereberes (reforzados éstos por las tropas de Sancho García de Castilla) en la que, según Ibn Idhārī, llegaron a morir más de treinta mil cordobeses. A ese historiador no le pasó inadvertida la importancia de esta primera intervención militar de los cristianos y exclamó: “fue éste el primer golpe de los politeístas contra los musulmanes”.

Al año siguiente, en 1010, los beréberes, asaltaron, Madīnat al-Zahrā', asesinaron a su guardia y se instalaron en ella, bloqueando estrechamente a Córdoba, cuyos habitantes, presa de la anarquía y del hambre, terminaron por abrirle sus puertas tres años más tarde, en 1013, después de que obtuvieran un seguro o *amān*, previo pago inmediato de una enorme indemnización. Todos estos acontecimientos perjudicaron mucho a la ciudad, que, según Ibn Ḥazm, se encontraba devastada y desierta y reducida a la *madīnah* y a un único arrabal oriental.

La crisis y el enfrentamiento entre beréberes y cordobeses continuaron, a intervalos, durante los años siguientes bajo el terror causado por las bandas de beréberes. En estas condiciones fue nombrado califa Hishām b. Muḥammad, hermano mayor de al-Murtaḍā. Fue el último califa omeya. Tras su muerte se abre una nueva etapa en la historia de Córdoba, que conoce, desde el punto de vista político, la

²⁸ Évariste Lévi-Provençal, *España Musulmana*, pp. 468-470.

²⁹ Jesús Zanón, *Topografía*, p. 105.

abolición del Califato por los notables de la ciudad y el nacimiento de una especie de “república municipal” entre los años 1031 y 1070. Al decidir la aristocracia árabe cordobesa la eliminación institucional del Califato creaba una situación sorprendente por infrecuente, que dejaba en sus manos solamente a la capital, abandonando a su suerte al resto del país.

Esto sucedió en noviembre de 1031. La aristocracia de la ciudad, cansada y arruinada después de más de un cuarto de siglo de disturbios e inestabilidad, desesperada al fin de tan corto período de crisis, decidió suprimir el Califato de Córdoba y expulsar de la capital al último representante de la dinastía Omeya. Y lo significativo es que entre esos notables figurase la familia Banu Yahwar, de etnia árabe, instalada en Al-Andalus desde el 731, algunos de cuyos miembros llegaron a precisamente a desempeñar importantes cargos en el ejército, en la política y en la administración del Estado omeya y que ahora, tras un breve paréntesis de inacción, reaparece en la vida política (1031-1069).

Así, en Córdoba, aunque el gobierno estuvo integrado por un triunvirato, el mando efectivo lo tendrán sucesivamente tres miembros de esa familia. Por espacio de 32 años, gracias a la gestión prudente, las medidas decretadas y los esfuerzos diplomáticos realizados por los dos primeros gobernantes para mantener relaciones amistosas con sus vecinos los reyes de taifas, lo cual será alabado por los cronistas de la época, la ciudad conoció la paz y la estabilidad interna. Cesaron las luchas contra los beréberes porque no se dejó vivir en la ciudad más que los Banu Yafran, en quienes confiaba. El vacío que hubo en el ejército con la expulsión de la mayoría de los norteafricanos lo llenó con la constitución de una milicia ciudadana, encargada de conservar la seguridad interior y la custodia de la ciudad; igualmente repartió entre los cordobeses armas y provisiones y les ordenó conservarlas en sus casas y almacenes para poder defenderse de día o de noche en caso de una posible agresión; para evitar inmoralidades y enfermedades, prohibió el consumo de bebidas alcohólicas; desterró a los delatores que vivían de calumnias y procurar pleitos; expulsó a los charlatanes y curanderos ignorantes que se

llamaban médicos sin experiencia ni conocimientos y creó un colegio de sabios para que examinara a los que pretendiesen ejercer la medicina y servir en los hospitales.

Para garantizar mejor la seguridad de los cordobeses, los visires de mayor confianza guardaban la ciudad y cuidaban de su policía día y noche. En cada barrio había algunos hombres armados encargados de rondar por las calles a fin de garantizar la tranquilidad pública. Los barrios y los mercados tenían sus puertas que se cerraban a cierta hora, y todas las calles de la ciudad estaban atajadas con puertas para evitar desórdenes nocturnos y que los malhechores pudieran escapar de las rondas.³⁰

A consecuencia de todo esto, Córdoba comenzó a dar síntomas de cierta prosperidad al recibir en su seno a nuevos habitantes que hicieron aumentar la población, según Soufi, de manera considerable. Los nuevos allegados compraron terrenos y reedificaron algunos de los barrios demolidos durante la *fitnah*, con lo cual aumentó el valor de los bienes y de las casas, recuperando la ciudad parte de su antiguo esplendor. Además, al hacer de Córdoba una ciudad libre para todos al mantenerla apartada de las rivalidades políticas reinantes en al-Andalus, la urbe se convirtió en una especie de refugio para reyes y príncipes destronados.³¹

Esa paz, que se quebró momentáneamente en 1039 y 1057, ante los intentos de Ibn ‘Abbād de Sevilla de tomar Córdoba -en el segundo año llegó a ocupar la ciudad medio arruinada de al-Zahrā’- y la conspiración fallida de un omeya que quiso recuperar el trono de sus antepasados, se alejaría cada vez más durante la etapa de gobierno del tercer gobernante de la dinastía de los Ibn Jahwar, ‘Abd al-Malik, bajo cuyo mandato volvió a escena el asesinato político, en este caso, perpetrado contra su eficiente visir y su séquito, y tuvo lugar la venta de los materiales de los edificios nobles.

Por otro lado, a partir de 1069, el dominio de Córdoba comienza a ser ambicionado también por la taifa de Toledo, cuyo rey al-Ma’mūn.

³⁰ Khaled Soufi, *Los Banu ‘Yahwar en Córdoba*, pp. 53-54.

³¹ Kh. Soufi, *Los Banu ‘Yahwar en Córdoba*, pp. 56-60.

Con ese fin, puso sitio a la ciudad, ocupó luego unas colinas situadas frente a la puerta principal y entabló una batalla con las tropas encargadas de la defensa de la muralla. Ibn Ḥayyān nos describe el estado del gobernante cordobés en aquel momento, calificándole de “negligente, estúpido, tirano, imprudente y libertino”. Sus fuerzas no pasaban de doscientos caballeros reunidos con la máxima dificultad, a los que se vio obligado a mantener con las provisiones que había en el mercado, dejando así a la población sin alimentos, careciendo también de dinero suficiente para pagar los salarios de los soldados, dándoles tan solo una parte con la promesa de recompensarles cuando triunfasen sobre el enemigo.

Córdoba entonces se encontraba en un estado lamentable y los habitantes de la ciudad hubieron de sufrir alzamiento de precios y hambre generalizada, porque las tropas del enemigo habían puesto mano sobre todos los campos y fincas que rodeaban la ciudad y conquistado algunos castillos vecinos, sin que los habitantes de Córdoba se atreviesen a salir de las murallas. Abd al-Malik, desesperado pensaba en la rendición, pero llamó en su auxilio al régulo de Sevilla, el cual le envió mil trescientos caballeros que, al llegar a Córdoba, se instalaron en la parte oriental de la ciudad y se encargaron de su defensa.

No obstante su dominio sobre Córdoba, de cuyo gobierno encargó a su hijo, no duró mucho, pues entre enero 1075 y septiembre 1078, la tuvo un tal Ibn ‘Ukāshah en nombre del régulo de Toledo, aunque al cabo volvió a pertenecer a la taifa sevillana; llegó a ser incluso ambicionada por Alfonso VI de Castilla, sobre todo desde que, habiendo conquistado en 1085 la antigua capital del reino visigodo, alimentó el proyecto de continuar la expansión hasta Córdoba para coronarse precisamente en ella como emperador. Sin embargo, este proyecto, que es un indicio claro de las ambiciones del monarca cristiano y también del valor simbólico que se continuaba asociando a nuestra ciudad, no llegó a realizarse.

Córdoba bajo el dominio de las dinastías norteafricanas

La toma de Toledo alarmó a los reyes de las Taifas, que no pudieron, o no supieron, presentar un frente común. Coincidió toda esta situación con la ascensión en el Norte de África de los almorávides, que fueron llamados, incluso años antes de la pérdida de la ciudad del Tajo, en su auxilio para frenar el empuje cristiano. Una vez, que inicialmente lo consiguieron, en campañas militares llevadas a cabo en los años 1086 y 1088, y ante el hecho constatado de que los reyes de taifas seguían manteniendo con el monarca cristiano tratos que reducían a la nada el alcance de sus intervenciones armadas, su emir decidió, en 1090, volver por tercera vez a la Península, pero ahora para quedarse en ella y proceder a la tarea de reunificación del territorio en su propio provecho a costa de someter, paulatinamente, las taifas contando con el apoyo de los alfaquíes y ulemas del país y de la propia población, hasta entonces agobiada por las exacciones fiscales ilegales cobradas por sus reyes para satisfacer el pago de parias impuestas por los cristianos.

Lo africano se avenía mal con lo andalusí. La cultura, la vida social, las características étnicas de un pueblo y otro chocaban porque diferían. La pacífica convivencia no podía subsistir. Los almorávides comenzaban a ser vistos por la mayoría de la población de al-Andalus como unos odiosos dominadores que, coartando su libertad con prerrogativas concedidas a los alfaquíes, que entonces conocieron su mejor época, arruinaban al pueblo con nuevas exacciones que, en un principio, no existían, porque ellos mismos las habían condenado y declarado ilícitas.³²

De manera que por los años 1120 y 1121 comenzó a manifestarse más abiertamente el espíritu de resistencia, de descontento y de hostilidad contra la administración almorávide. Cualquier pretexto era suficiente; a cualquier causa se unían los andalusíes para sacar todas aquellas cuestiones que les desagradaban. Y esto, es lo que en cierto modo pasó en Córdoba que se sublevó en marzo de aquel último año.

³² Francisco García Fitz, *Relaciones políticas y guerra*, p. 83.

El origen del conflicto lo protagonizó al parecer un esclavo negro, quizás perteneciente a la escolta o guardia particular del gobernador, que intentó apoderarse de una mujer cordobesa con no muy loables propósitos. La mujer se resistió y pidió auxilio. Como consecuencia, se produjo un gran tumulto en el que se vieron envueltos la mayor parte de la población y los negros de la ciudad. Los alfaquíes y personajes más distinguidos de Córdoba, indignados por aquel abuso y, tal vez, también porque los milicianos beréberes negros al servicio de los almorávides, en vez de prender al que públicamente había faltado a la ley, se habían puesto de su parte y atacado a la población, presentaron sus quejas al gobernador instándole a que hiciera justicia y condenara a muerte al negro. Pero no lo hizo y preparó una serie de represalias contra la población, lo que acabó de exaltar los ánimos de los cordobeses, que marcharon contra el gobernador y le obligaron a hacerse fuerte en el palacio, defendido por su guardia personal. El asalto, sin embargo, tuvo éxito y los cordobeses entraron en el palacio que saquearon e incendiaron, así como el lugar donde se hallaban instaladas las tropas almorávides, sus viviendas y sus fincas de recreo. El gobernador consiguió escapar de la ciudad; los demás negros y beréberes afectos a los almorávides fueron expulsados de Córdoba del modo más humillante.³³

Según Ibn Idhārī, sin embargo, la causa del origen del conflicto se produjo como consecuencia de una aglomeración de gente con motivo de la presentación de ciertas máquinas de guerra que el emir había mandado construir en todo al-Andalus. Sea de ello lo que fuere, para explicar el extremo al que llegó el enfrentamiento y las consecuencias del mismo, debe suponerse que el descontento y la hostilidad de las dos comunidades era bastante más profundo que el provocado por el abuso cometido por un individuo o por una pelea callejera, y que una enorme barrera de desconfianza separaba a los almorávides de los andalusíes.³⁴

El hecho se consideró grave porque el emir almorávide, que se encontraba en Marrakech, al tener noticia de lo ocurrido, formó un

³³ Jacinto Bosch Vilá, *Los Almorávides*, pp. 197-198.

³⁴ F. García Fitz, *Relaciones políticas y guerra*, p. 84.

considerable ejército y cruzó El Estrecho en dirección a Córdoba, acampando en las afueras de la ciudad. Desde allí envió un mensaje a la población en el que la intimidaba y la invitaba a volver a la obediencia. La respuesta de los cordobeses fue cerrar las puertas de la ciudad, fortificar algunos puntos y disponerse a la lucha. Las tropas de Alí sitiaron la capital, que sufrió varios asaltos y nuevas destrucciones. Después de unos días de asedio, durante los cuales la población de Córdoba resistió los ataques de los almorávides, los alfaquíes de la ciudad, que dieron su apoyo al pueblo cordobés, salieron a entrevistarse con Alí, a quien hicieron ver, tras pronunciar la consiguiente *fatwà*, que la revuelta de los cordobeses era justa y legítima, que se habían levantado contra la injusticia y los excesos cometidos por las milicias beréberes y negras, en defensa de sus familias, sus vidas y sus bienes. El emir, aceptando estas explicaciones, apoyadas en el dictamen de los jurisconsultos, reconoció la razón de los cordobeses y éstos volvieron a la obediencia, aunque hubieron de pagar una indemnización por los daños causados.³⁵

A este episodio, revelador de la contestación antialmorávide, sucede otro más llamativo, que evidencia el retroceso de un imperio que viene ya siendo combatido en el Norte de África por los almohades; ese hecho se relaciona con la presión que ejerce Alfonso el Batallador en el Levante y con el descontento de los cristianos, sobre todo los de la región de Granada, que intentaron, con el apoyo del monarca aragonés, provocar un movimiento sedicioso de importancia. Alfonso saliendo de Zaragoza en septiembre de 1125 llegó hasta Granada en enero de 1126 y, aunque no pudo tomar esa ciudad se dirigió, pasando por las inmediaciones de Luque, Baena y Cabra hacia Córdoba y devastó la campiña, alcanzando una victoria en el enfrentamiento que libró contra tropas almorávides en Arinzul, en marzo de aquel año, sin llegar, pese a ello, a atreverse a atacar Córdoba, que había reconstruido sus murallas.³⁶

³⁵ Rachid El-Hour, 'Córdoba en época almorávide', pp. 90-92.

³⁶ J. Zanón, *Topografía*, p. 23.

El gran cadí de Córdoba, Ibn Rushd, abuelo de Averroes, se trasladó personalmente a Marrakech para solicitar al emir la deportación de las comunidades cristianas de Granada, Córdoba y Sevilla. El emir, tras consultar a los alfaquíes, accedió, aunque la deportación a territorio almorávide norteafricano parece que se realizó de modo selectivo y no masivo, incluyendo también a algunos judíos.

En ese contexto de agitación surgieron los segundos reinos de taifas y una serie de conflictos en la década de los años 40, que tuvieron por protagonistas para la ciudad de Córdoba a personajes tales como Ibn Ḥamdīn, Sayf al-Dawlah (Zafadola), Ibn Ghāniyah (Abengamia) y al propio Alfonso VII el emperador, que logró, por muy breve tiempo, hacerse con el dominio de la ciudad, en un momento en que los almohades habían ya cruzado el Estrecho y luchaban por extender su dominio territorial, como hicieran en el Magreb, ahora por tierras de al-Andalus.

Desafortunadamente, no disponemos de mucha información sobre esta nueva etapa que pone a nuestra ciudad, por espacio de ochenta y ocho años bajo la égida del nuevo poder norteafricano, el almohade. En este contexto de lucha entre andalusíes, almohades y cristianos, el califa almohade ‘Abd al-Mu’min ordenó que se trasladara la capital de al-Andalus de Sevilla a Córdoba que, pese a su decadencia, mantenía su aureola de gloria; dos de sus hijos llegaron con ese fin a la ciudad, siendo recibidos por sus habitantes en la Puerta del Puente (*Bāb al-Qanṭarah*), cifrados, según nos dice Ibn Ṣāhib al-Ṣalāt, el secretario y cronista almohade, testigo ocular de los hechos, en tan solo ochenta y dos vecinos.³⁷

Es difícil creer tamaña caída demográfica, porque la ciudad pudo salir airoso de los sucesivos ataques sufridos, lo que prueba no solo la solidez de sus murallas, casi continuamente restauradas, sino la existencia de una población mayor intramuros. Pero lo cierto es que llegaron a Córdoba aquellos dos personajes para instalarse en la ciudad, dispuestos a establecer en ella las funciones administrativas, para lo cual iniciaron la reconstrucción de sus alcázares y otros

³⁷ J. Zanón, *Topografía*, pp. 24-25.

edificios, y la defensa de sus fronteras, hasta el punto que, según el testimonio de Ibn al-Šalāt, los cordobeses fueron regresando a su ciudad desde todo el país, pero ocho meses tan solo después, uno de ellos, Abū Ya‘qūb, decidió, a la muerte de su padre, en 1163, cuando le sucedió en el Califato, que la ciudad hispalense continuara con su rango de capital, no en vano desde 1155 venía residiendo en ella como gobernador.³⁸

Pero la ciudad siguió estando en el punto de mira de los cristianos, que en años sucesivos intentarán conquistarla, de hecho, entre 1155 y 1195 la frontera entre cristianos y musulmanes se mantiene al Sur del Guadiana, alrededor de una línea formada en torno a Santa Eufemia, Pedroche y Montoro, documentándose también algunas incursiones cristianas: en 1170 Córdoba se vio amenazada por las tropas de la orden de Calatrava; en 1175, por las milicias de Ávila y en 1181 por las de Toledo; Alfonso VIII no se cansará de realizar o de promover expediciones contra ella, de las cuales lleva a cabo personalmente las de 1182 y 1189. Bien es cierto que la victoria almohade en Alarcos en 1195 supuso un repliegue cristiano, pero es evidente que desde 1211 los castellanos vuelven a acercarse a la zona norte de Córdoba, consolidando estas posiciones tras la victoria de las Navas de Tolosa, al año siguiente, una batalla que no resultó tan decisiva como para provocar un cambio radical de posiciones.³⁹

De hecho, los efectos de la derrota almohade aún tardarán años en sentirse, coincidiendo con la contestación de los benimerines en el Norte de África, desde 1216 en adelante, manifestándose en al-Andalus con la formación de las terceras taifas y, sobre todo, tras la muerte en 1224 del califa almohade que no dejaba hijos mayores; además, no debemos de olvidar la intervención política castellano leonesa, tan compleja como diversa, que se manifiesta, en el tablero de la estrategia político-militar, en el pacto político, el acuerdo militar, el tratado de paz o la avenencia económica con uno u otro poder islámico. Esto y la continua lucha entre los diversos poderes

³⁸ M^a J. Viguera Molins, *Los reinos de taifas*, p. 232.

³⁹ F. García Fitz, *Las Navas de Tolosa*, p. 544.

andalusíes suponía una permanente desarticulación política de los territorios. El constante cambio de bandos de ciudades y regiones enteras, los continuos enfrentamientos entre los propios musulmanes, junto con la incesante presión militar de los monarcas cristianos, influyó para que muchas poblaciones se les sometieran directamente.⁴⁰

Y esto bien lo entendió Fernando III, quien además de aplicar, como habían hecho Alfonso VI y Alfonso VII, una estrategia política similar a la de sus antecesores al servicio de la expansión territorial, siempre la respaldó con la agresión o amenaza, ahora, desde 1224, ante la decadencia almohade y con más fuerza desde 1230, al recaer en su persona la corona de Castilla, teniendo como interlocutores, aliados o adversarios, según circunstancias, a figuras como el Baezano, Ibn Hūd y al-Aḥmar, en ocasiones enfrentados entre sí. Ibn Hūd, por ejemplo, acuciado por la necesidad de combatir a su adversario al-Aḥmar, llegó a un acuerdo con el monarca castellano en 1233, pero fue derrotado por su enemigo musulmán en 1234, con quien, sin embargo, pactaría ese mismo año una tregua y con Fernando III nuevamente otra en 1235. Las nuevas treguas firmadas por Ibn Hūd le resultarían fatales, porque las condiciones onerosas del tratado le obligaban a imponer cargas a sus partidarios, entre ellos los cordobeses que, ante la presión fiscal, se escindieron en dos pareceres, lo que explica que “unos moros de Córdoba, ofendidos con los magnates o principales de la ciudad”, se pusieran al habla con los castellanos que guarnecían la frontera por la parte de Andújar, caballeros de los llamados almogávares, fronteros profesionales que conocían mejor o peor el árabe y las costumbres de los musulmanes, prometiéndoles la entrega de la Ajarquía. La traición queda claramente expresada por Jiménez de Rada y la *Crónica General*, cuando describe el asalto, aunque este relato es tardío y tiene detalles inverosímiles, cuando no francamente falsos, y eso hasta el fin del cerco.⁴¹

El relato de lo acontecido ha sido narrado por diversos autores siguiendo la descripción de los hechos de las fuentes cristianas, especialmente, la *Crónica latina de los reyes de Castilla*, según la cual, los

⁴⁰ F. García Fitz, *Las Navas de Tolosa*, pp. 159-160.

⁴¹ J. González, *Reinado y diplomas de Fernando III*, p. 325.

cordobeses, después de varias vicisitudes, sometidos a un cerco durísimo, se avinieron, tras meses de fatigas, a pactar la entrega de la Medina con Fernando III, que, desde el mes de febrero de 1236, venía dirigiendo las operaciones del asedio, una vez conscientes de que Ibn Hud su señor no les socorrería. Después de tratada y firmada la capitulación, frustrados en sus esperanzas los que habían esperado permanecer en sus casas, los cordobeses, debilitados por el hambre, las abandonaron llorando, dando alaridos y gimiendo angustiados, según el relato de la crónica antedicha. Mientras se marchaban, el príncipe Abū l-Ḥasan, entregó al rey castellano las llaves de la ciudad, que ordenó, el 29 de junio, que la enseña de la cruz precediese a la real y fuesen puestas en el alminar de la Mezquita aljama, para que pudiesen ser vistas por todos, lo que llenó de confusión y llanto a los musulmanes y de gozo inefable a los cristianos. Córdoba quedó así, ya definitivamente, en poder del monarca castellano, que hubo de atender a las necesidades de su defensa -era un islote cristiano rodeado de tierras islámicas- y de su repoblación, pues la ciudad había sido “súbitamente evacuada de musulmanes”.

A modo de conclusión

En resumen, Córdoba conoce, desde el 711 hasta 1236, períodos de pujanza y decadencia política, institucional y urbana, fuertemente ligados a los avatares políticos; se recuperará a partir de la llegada de los musulmanes, que la convirtieron en capital de al-Ándalus, alcanzando un notable desarrollo a mediados del siglo IX y su máximo esplendor un siglo más tarde, en época del Califato. Esta ciudad abierta, cosmopolita sin miedo al exterior, deviene, en proceso de siglos, en una urbe dominada por el enfrentamiento, la inseguridad, la violencia y el miedo, lo que se traduce en el remozamiento continuo de su sistema defensivo y en la pérdida creciente de población, con el abandono, y consiguiente decadencia, de las estructuras edilicias.

Los textos de los siglos XI al XIII aluden, sobre todo, a estrategias y episodios político-militares, visibles acuerdos y luchas entre

musulmanes, entre musulmanes y cristianos, todos librados, en suma, con el fin de alcanzar el poder, el control y la posesión del territorio por medio del dominio de ciudades, villas y castillos. En ese contexto, Córdoba parece sumida en una vorágine de sublevaciones, nombramientos sucesivos de gobernadores, cambios de poder violentos, asedios y crisis de muy diverso signo, todo lo cual tenía irremediablemente que afectar de manera muy negativa, salvo períodos muy concretos de signo contrario, a su configuración urbana.

Los cristianos, que la retuvieron en su poder a mediados del XII por tan solo unos días, debieron ser conscientes de ello, si bien, en la crónica que relata la ocupación, que se logró, conviene no olvidarlo con el auxilio de combatientes musulmanes, seguramente para realzar ese hecho de la conquista y justificar su salida casi inmediata de la ciudad, se dice que “era a aquella sazón la cipdat de Córdoua de pan et de seso et de armas, la mayor que en ell Andaluzía uíe”.⁴² Lo llamativo a los ojos de la Cristiandad debió de ser el hecho mismo de que los cristianos ocuparan la ciudad por primera vez, después de 435 años ininterrumpidos de dominio islámico, momento, por cierto, que aquellos aprovecharon para llevarse de la Mezquita aljama, las bolas o manzanas de oro y plata que lucían en lo alto del alminar, las planchas de la mitad del mimbar, la puerta de oro de la *maqṣūrah* y el tesoro de las fundaciones pías.

La segunda y definitiva ocupación cristiana se produciría 90 años después. Para entonces, de Córdoba, solo debía subsistir una porción del lado oriental, que englobaba conjuntamente la Medina y los arrabales orientales. El perímetro al que quedó reducida la ciudad en la época inmediatamente anterior a la conquista castellana sería seguramente muy similar al que aparece en el mapa de 1811, es decir, casi el de principios del siglo XIX, lo que representa, según Guichard, una superficie de un centenar de hectáreas, dimensión que podía tener una gran ciudad, comparable a las principales capitales de provincia.

Es evidente, por otra parte, que el nacimiento y desarrollo del Estado instaurado necesitó de una administración central y de

⁴² Manuel Nieto Cumplido, *Historia de Córdoba*, pp. 53-54.

instituciones adecuadas a sus necesidades que fueron creciendo en magnitud y complejidad a lo largo del tiempo con sus propias peculiaridades, condicionadas también en parte por la propia ideología del poder; la administración local, el territorio sujeto a la jurisdicción de Córdoba, que experimentó modificaciones a lo largo de los siglos, estuvieron sujetos a los avatares políticos de cada época, destacando para el gobierno de la ciudad determinados cargos relacionados con la administración de la justicia, el mantenimiento del orden, el mercado, el urbanismo y la preservación de las buenas costumbres.

Bibliografía

- Acien Almansa, Manuel, *Entre el feudalismo y el islam. 'Umar ibn Hafsun en los historiadores, en las fuentes y en la historia* (Jaén: Universidad de Jaén, 1997, 2ª edición).
- Arjona Castro, Antonio, *El Reino de Córdoba durante la dominación musulmana* (Córdoba: Diputación Provincial de Córdoba, 1982).
- *Córdoba en la historia de al-Andalus. Desarrollo, apogeo y ruina de la Córdoba omeya. Volumen I. De la conquista al final del emirato omeya (711-929)* (Córdoba: Instituto de Estudio Califales, 2001).
- Barceló, Miquel, *El Sol que salió por Occidente (Estudios sobre el estado omeya en al-Andalus)* (Jaén: Universidad de Jaén, 1997).
- Bariani, Laura, *Almanzor* (San Sebastián: Nerea, 2003).
- Bosch Vilá, Jacinto, *Los Almorávides*, ed. facsímil. Estudio preliminar por Emilio Molina López (Granada, Editorial Universidad de Granada, 1995).
- Cabrera Muñoz, Emilio, 'Ornato del mundo', en *Córdoba capital. Historia* (Córdoba, Caja Provincial de Ahorros, 1994), pp. 113-128.
- Chalmeta, Pedro, *El señor del zoco en España: edades media y moderna, contribución a la historia del mercado*, Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1972).
- 'España musulmana', en *Historia General de España y América. Tomo III. El fallido intento de un estado hispánico musulmán (711-1085)* (Madrid: RIALP, 1988).

- García Fitz, Francisco, *Relaciones políticas y guerra. La experiencia castelano-leonesa frente al Islam. Siglos XI-XIII* (Sevilla: Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla, 2002).
- *Las Navas de Tolosa* (Barcelona: Ariel, 2012).
- García Moreno, Luis Agustín, *El fin del Reino visigodo de Toledo* (Madrid: Universidad Autónoma, 1975).
- García Sanjuán, Alejandro, *La conquista islámica de la península Ibérica y la tergiversación del pasado: Del catastrofismo al negacionismo* (Madrid: Marcial Pons, 2013).
- González, Julio, *Reinado y diplomas de Fernando III. I Estudio* (Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1983).
- González Ferrín, Emilio, *Historia General de al-Andalus* (Córdoba: Almuzara, 2006).
- Guichard, Pierre, *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente* (Barcelona: Barral, 1976).
- Hernández Juberías, Julia, *La Península imaginaria. Mitos y leyendas sobre al-Andalus* (Madrid: CSIC, 1996).
- Hour, Rachid El-, 'Córdoba en época almorávide: al-Andalus y el poder político almorávide', *Qurṭuba* 3 (1998), pp. 81-94.
- Ibn Ḥawkal, *Configuración del mundo (Fragmentos alusivos al Magreb y España)*. Traducción e índices por María José Romaní Suay (Valencia: Anubar, 1971).
- Ibn Idhārī, *La caída del califato de Córdoba y los reyes de taifas (Bayan al-Mugrib)*, Trad. F. Maíllo Salgado (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1993).
- Ibn Khaldūn, *Introducción a la Historia*. Selección, traducción y prólogo de Rafael Valencia, (Granada: EAUSA, 1985).
- Lévi-Provençal, Évariste, *España Musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 de J.C.)*. Tomo IV de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal (Madrid: Espasa-Calpe, 1990, 7ª ed.).
- Nieto Cumplido, Manuel, *Historia de Córdoba. Islam y Cristianismo* (Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1984).
- Pavón Maldonado, Basilio, *Tratado de Arquitectura Hispanomusulmana. I Agua* (Madrid: CSIC, 1990).

- Sánchez Martínez, Manuel, *Historia de Andalucía*, vol. 1, (Madrid: Cupsa-Planeta, 1980-81).
- Soufi, Khaled, *Los Banu Yahwar en Córdoba 1031-1070 d.J.C. 422-462 H* (Córdoba: Instituto de Estudios Califales, 1968).
- Vallejo Triano, Antonio, *La ciudad califal de Madinat al-Zahra. Arqueología de su excavación* (Córdoba: Almuzara, 2010).
- Vidal Castro, Francisco, 'Los cautivos cristianos en al-Andalus en época de Almanzor', en *La Península Ibérica al filo del año 1000. Congreso Internacional Almanzor y su época (Córdoba, 14 a 18 de octubre de 2002)*. Coord. José Luis del Pino García (Córdoba: Fundación PRASA, 2008), pp.423-458.
- Viguera Molins, María Jesús, *Los reinos de taifas y las invasiones magrebíes (Al-Andalus del XI al XIII)* (Madrid: MAFRE, 1992).
- 'La consolidación del Estado Omeya en al-Andalus', en *Al-Anadalus omeya*. Coord. J. L. del Pino (Córdoba: Fundación PRASA, 2002), pp. 35-52.
- Zanón, Jesús, *Topografía de Córdoba almohade a través de las fuentes árabes* (Madrid: CSIC, 1989).

“Córdoba es la sede de al-Andalus, su polo y su región más importante, su metrópoli y morada, residencia de los califas y capital real tanto con los cristianos como con los musulmanes, ciudad de la ciencia y asilo de la *sunna* y de la comunidad islámica (...) Se alza a orillas del Guadalquivir y se encuentra en el centro del país, entre el Levante y el Poniente. Es una ciudad grande, fundada en tiempos remotos por los antiguos, de buen agua y agradable clima: la rodean por todos lados huertos, olivares, aldeas, castillos, aguas y fuentes. En su jurisdicción se halla un gran campo de labor, sin comparación en todo al-Andalus por su fertilidad (...) Córdoba es la sede real de los omeyas y antes lo fue de Rodrigo el cristiano (*rūmī*); es ciudad agrícola y ganadera, productora de innumerables especies frutales; el interior de la ciudad es agradable, su entorno maravilloso y vasto, su aspecto, hermoso y radiante y su forma, extraordinaria y admirable (...)”

Dhikr bilād al-Andalus II 4-6,10 (trad. Luis Molina)

